



A propósito de la muestra

Ciudades

de Lucía Pacenza

Curadoras: Cecilia Escalante y Rocío Genovese

El espíritu de la colmena

por Eduardo Wolovelsky¹

¿No es admirable que sus edificios llenos de firmeza, sus costumbres, sus leyes, su organización económica y política, sus virtudes y hasta sus crueldades, nos enseñen inmediatamente el pensamiento o el dios a quien (...) sirven y que no es el dios menos legítimo ni el menos razonable que se pueda concebir, aunque es quizás el único a quien no hemos adorado seriamente, o sea, el porvenir?

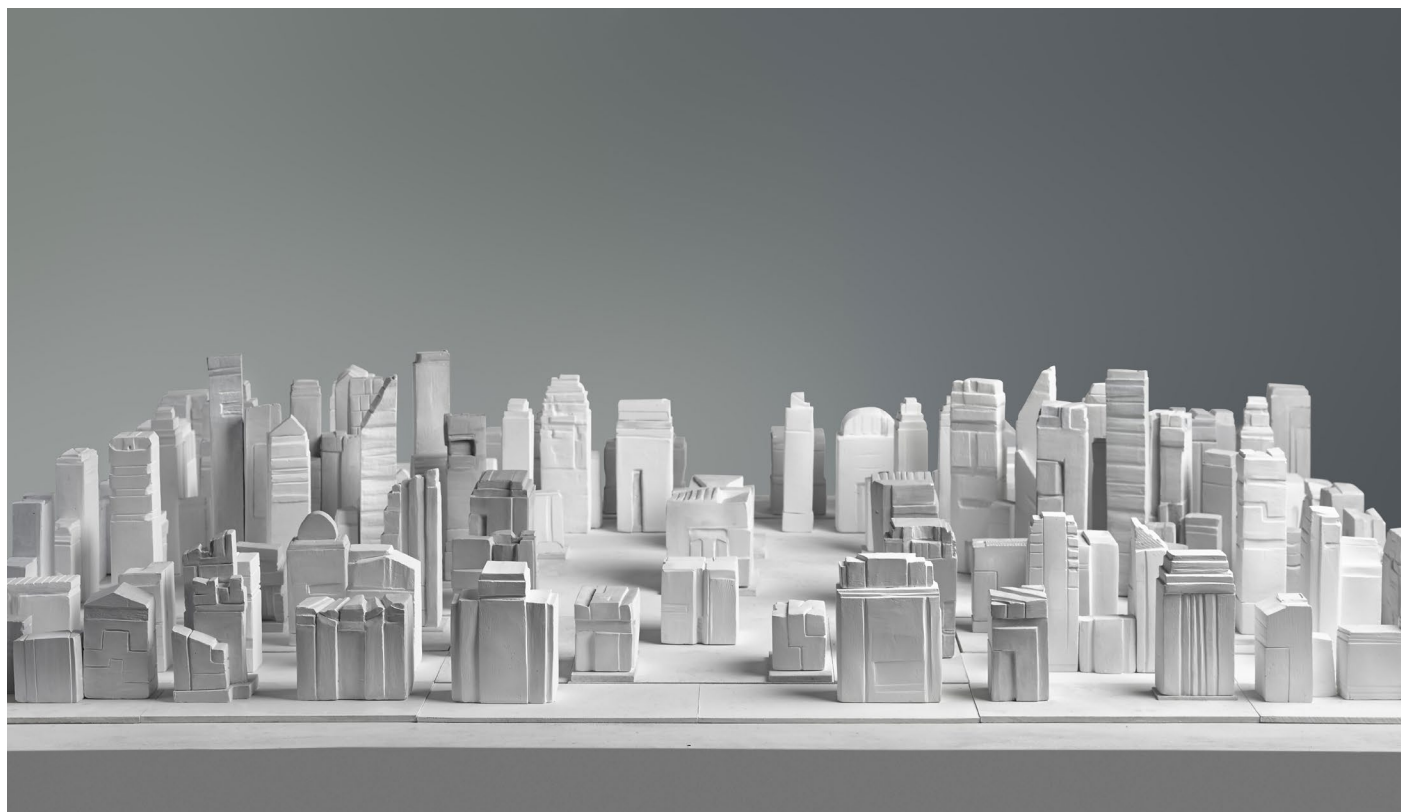
Maurice Maeterlinck

CIUDADES

Extraña sensación de un dios maltrecho y deshilachado. Aunque la regularidad, la precisión y las alturas proporcionales parecen ser muestra de su poder creador, el porvenir divinizado nos somete a un sepulcral silencio que se expande como un orden poco afecto a lo vital. Detengamos la mirada sobre las ciudades que Lucía Pacenza ha diseñado y construido como reflejo de la gran ciudad que nos alberga, no Buenos Aires, sino cualquiera de las urbes que, con edificios rectangulares y de superficies pulidas, deslumbran la mirada y obligan a entrecerrar los ojos. Ciudades tan preciosas en su geometría que solo parecen ser parte de una maqueta inhabitada. ¿Dónde han ido los hombres? Acaso han desaparecido en el ajetreado y fugaz movimiento que los

¹ Texto de Eduardo Wolovelsky a propósito de la muestra *Ciudades*, de Lucía Pacenza, exhibida en Galería y Fotogalería del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas UBA, del 6 de marzo al 30 de abril de 2024.

lleva de aquí para allá como si fueran abejas desencajadas que intentan encontrar un lugar en el panal. ¿Acaso se han fundido con las paredes de las habitaciones que los albergan, buscando así la salvaguarda frente a un medio que parece amenazante? No se los ve ni siquiera en las construcciones que, vidriadas, son totalmente transparentes. ¿A dónde se han fugado los seres humanos?



Ciudad blanca, fotografía de Gustavo Lowry.

En portada: *Ciudad desierta* (detalle), fotografía de Luis Girotti.

LAS RUEDAS DEL RELOJ

En el silencio de la noche, y tras los cristales color ámbar troquelados con formas hexagonales, un hombre común, un apicultor reflexiona. ¿Lo hace sobre las abejas o sobre los humanos? Su pluma se desliza en el papel delineando pensamientos que bien podrían ser los de un extraterrestre hurgando dentro del ajetreado movimiento en las ciudades o los nuestros, mientras observamos las aristas y los puntos de las maquetas quietas. Escribe sobre el espíritu que anima la vida de la colmena:

Alguien a quien yo enseñaba últimamente mi colmena de cristal, el movimiento de esa rueda tan visible como la rueda principal de un reloj. Alguien que veía a las claras la agitación permanente de los panales, el zarandeo perpetuo, loco, enigmático de las nodrizas sobre las cunas de la nidada. Los puentes y escaleras reverberantes de cera. (...) La actividad inmensa e incesante de la multitud. Las idas y venidas con un ardor febril. El sueño ignorado fuera de las cunas que ya acecha el trabajo de mañana. El reposo mismo de la muerte alejada de una residencia que no admite enfermos ni tumbas.²

² *El espíritu de la Colmena*, película dirigida por Víctor Erice, 1973



Ciudad traslúcida, fotografía de Ana Cortés.

Habla de las abejas, pero bien podría estar haciéndolo sobre las personas que en las ciudades se mueven con un ir y venir constante, corriendo quién sabe a dónde. ¿Puede que aquello que creemos tiene algún sentido, lo que nos proporciona alegría o tristeza, nostalgia o esperanza, carezca de finalidad y que todo no sea más que un juego de reproducción y supervivencia de una sutil maquinaria de la naturaleza? Las pequeñas construcciones, rigurosamente dispuestas, dan algún indicio para responder al abrir las celosías de un mirador que nos permite escudriñar nuestras vidas en el gran escenario de la ciudad. Las miniaturas urbanas hablan sin sonido: en las lisas y pulcras paredes de sus edificios, en la ausencia de todo desgaste, en la falta de revoques caídos y en la inexistencia de chirriantes ventanas revelan lo terrorífico de lo perfecto e inmortal. En cada uno de los volúmenes arquitectónicos, no más grandes que la caja de cualquier medicamento, la obra, el arte, asalta la seguridad de la gran fortaleza que, detrás del resplandor inmaculado de sus paredes vitrificadas, oculta las pequeñas celdas en las que habitan zumbidos sin voz. En la Salvación de lo bello, Byung Chul-Han revela el secreto, lo que se oculta tras la seducción de obras tan bruñidas en su brillo como frías en su vitalidad:

Lo pulido, pulcro, liso e impecable es la seña de identidad de la época actual. Es en lo que coinciden las esculturas de Jeff Koons, los iPhone y la depilación brasileña. ¿Por qué lo pulido nos resulta hoy hermoso? Más allá de su efecto estético, refleja un imperativo social general: encarna la actual sociedad positiva. Lo pulido e impecable no daña. Tampoco ofrece ninguna resistencia. Sonsaca los «me gusta». El objeto pulido anula lo que tiene de algo puesto enfrente. Toda negatividad resulta eliminada.

Solo unos párrafos más adelante reflexiona sobre el arte y por ello sobre el ideal arquitectónico que poco a poco coloniza nuestras ciudades:

De la obra de arte viene una sacudida que derrumba al espectador. Lo pulido y terso tiene una intención completamente distinta: se amolda al observador, le sonsaca un «me gusta». Lo único que quiere es agradar, y no derrumbar. Hoy, lo bello mismo resulta satinado cuando se le quita toda negatividad, toda forma de conmoción y vulneración. Lo bello se agota en el «me gusta». La estetización demuestra ser una «anestetización». Seda la percepción. (...)

En una dimensión propia de Liliput, las pequeñas edificaciones advierten sobre un ideal que no deja lugar a lo conflictivo y contradictorio. Tal como afirma Han, en estas megalópolis “resulta imposible la experiencia de lo bello. Se impone el agrado, el «me gusta», se paraliza la experiencia, la cual no es posible sin negatividad”.



Ciudad blanca vista de arriba, fotografía de Rocío Genovese.

DIOS

¿Hemos adorado seriamente al dios del porvenir, el del progreso técnico? Lo interesante de la apreciación del dramaturgo y escritor belga es que habla de abejas y no de humanos por muy fácil que sea confundir a unos con otros. La cita extraída de su obra *La vida de las abejas* dice en su completitud:

¿No es admirable que sus edificios llenos de firmeza, sus costumbres, sus leyes, su organización económica y política, sus virtudes y hasta sus crueldades, nos enseñen inmediatamente el pensamiento o el dios a quien las abejas sirven y que no es el dios menos legítimo ni el menos razonable que se pueda concebir, aunque es quizás el único a quien no hemos adorado seriamente, o sea, el porvenir?

Como la excelsa obra de las abejas es producto del instinto y la del drama humano lo es del ingenio, a ellas les es posible reverenciar a un dios pequeño y avaro en tanto que a nosotros no; a menos que decidamos construir vidas y ciudades que sean como “esa rueda perpetua tan visible como la rueda principal de un reloj”.